

## Los Libros

“LA MUCHACHA DE LA GUAIRA”, de *Juan Bosch*. Editorial Nascimento.  
Santiago

El cuento ha sido, entre las narraciones vivas o maravillosas, una de las de mayor evolución. Desde el cuento esencialmente fantástico, producto del mundo oriental, hasta el festivo, a veces licencioso y satírico, que dominó en las literaturas de occidente. Podría afirmarse que desde Perrault hasta Somerset Maugham las evoluciones formales han sido innumerables.

Con frecuencia se ha pretendido establecer las coordenadas literarias en que ha de inscribirse un cuento perfecto. Y se repite, hasta la saciedad, que tan concisa obra de arte necesita tener principio, centro y fin, pero un fin a manera de explosivo que ilumina las conciencias y los corazones, que nos entrega la clave de todas las disquiciones y de todos los rodeos anteriores. Querría esto decir que los cuentistas han de tener previsto el desenlace antes de haber escrito una sola línea. He ahí una verdad que debe ser aceptada con indudables limitaciones. Porque, muchas veces, un buen cuento no tiene final, más bien se ramifica y se filtra, como un río impetuoso que hubiera desaparecido de nuestra vista, pero que todavía sentimos vivo y rumoroso, para reaparecer más lejos, cuando menos lo esperamos.

El escritor dominicano Juan Bosch ha publicado *La Muchacha de La Guaira*, colección de ocho cuentos. El último del volumen sirve para dar título al libro,

¿En qué consiste la técnica fascinante de este gran escritor?

En primer término, sus narraciones comienzan de una manera inesperada, por cualquier parte, de tal forma que nadie podría afirmar que al iniciar la lectura estamos asistiendo al comienzo lógico y didáctico de un cuento. Ahora bien, como es lógico, más tarde los hilos van afirmándose hasta formar un tejido compacto, sólido.

Juan Bosch usa del ritmo lento, dosifica el interés de la trama. Siguiendo la norma de la novela policial, el autor anticipa elementos que forzosamente habrán de convertirse en núcleo del desenlace. De esta forma, el lector va delante de los personajes y espera que sus predicciones se conviertan en realidad. Esto no quiere decir que la argumentación del cuento sea sencilla, sino más bien de una lógica, tan exacta, que excluye la solución fantástica, la derivación hacia imprevistos derroteros.

Hay en estas narraciones suspenso y sentido trágico, pero humano. El cine está reclamando alguno de los más bellos argumentos del autor.

“La nochebuena de Encarnación Mendoza”, cuento que abre el volumen, nos coloca frente a la persecución implacable de un prófugo. Lo persiguen entre las plantaciones, un tiro certero le rompe la columna vertebral. El cuento termina con una estampa trágica. El cuerpo del muerto es volteado desde una cabalgadura, y cae al suelo, cerca de los pies de su esposa. La exclamación de un niño afirma, con la rigidez de un círculo, la totalidad y la razón de ser de esta historia. He ahí el tecnicismo clásico.

“El Indio Manuel Sicuri” es un cuento rítmico. Desde las primeras páginas se intuye el resultado. Pero Juan Bosch es un maestro insuperable. Le ha señalado al lector el final de ruta. Y se complace en demorar las etapas. El indio persigue a un malhechor, sabemos que habrá de alcanzarlo, tal vez para castigarlo y vengarse. Una llanura dilatada recorta la silueta de los dos hombres. El sol hace rebrillar el filo de un hacha. Y entretanto, el lector quisiera seguir la carrera rítmica del perseguidor.

“La bella alma de Don Damián” exhibe determinadas facetas

de humorismo. Nos recuerda la técnica de los mejores cuentistas europeos. Como es sabido, algunos escritores, cuando han querido decir cosas de crítica social o de sabor picaresco, han enajenado la razón de sus protagonistas. Entonces, toda indiscreción tiene equivalencias normativas, didascálicas. Pues bien, Juan Bosch nos presenta el caso de un hombre que muere y resucita. Durante los minutos de su involuntaria ausencia, las personas que lo rodeaban y que sabían odiarlo en silencio exponen medrosamente su más auténtica dimensión humana. Hay una esposa que llora lanzada por las circunstancias. Un médico y un sacerdote, a quienes la ciencia y el cielo no les impiden sentirse fundamentalmente terrenos. Pero el alma vuelve al cuerpo. Y el torrente irónico queda reducido a una graciosa pantalla en donde algunos humanos han proyectado sus figuras en calidad de esperpentos.

Gracia de finos quilates le confiere a este cuento una dimensión que roza con los ámbitos de la poesía. Faceta muy interesante del escritor dominicano.

Quizás la anécdota que sirve para rotular al libro, *La Muchacha de La Guaira* es la más desconcertante. Aquí hay disquisiciones filosóficas, rebulle un contenido de tipo social. Algunas páginas nos hacen imaginar una historia de posibles espionajes. Sin embargo, lentamente los acontecimientos se van enfilando, hasta quedar centrados en una triste circunstancia amorosa, de amor fulminante, de una pasión que hace saltar hasta el mar el cuerpo grácil de una hermosa mujer.

Juan Bosch hace hablar a sus personajes. Y éstos se expresan de una manera llana, sin hacer alardes de preciosismo, tal como los varones y las hembras dicen sus angustias y sus inquietudes.

¿Acaso puede afirmarse que esto sea estricto realismo?

En la prosa del escritor dominicano hay una fusión de elementos estéticos. El sentido hondamente poético no está en las palabras escritas, sino más bien en su proyección sentimental. Más allá del sentido trágico de la mayoría de los cuentos hay como un deseo de afirmarse en los remansos de la ternura y de la bondad,

El tema de sus ficciones, a pesar de su localización geográfica, tiene caracteres de universalidad. Algunas veces, la frase final que corona el cuento, de acuerdo con clásicas direcciones, no sería necesaria. Por ejemplo, cuando sabemos que el indio Manuel Sicuri ha ido a parar a la cárcel, se nos sitúa en los ámbitos sociales consabidos, se nos recuerda una conclusión antipoética, por demasiado lógica.

¡Juan Bosch, gran valor de las letras americanas!

■

“EL MUNDO HERIDO”, de *Armando Méndez Carrasco*. Ediciones Cultura. Santiago

He aquí una interesante novela de matización picaresca. Y al decir picaresca, nos referimos a su motivación y desarrollo.

El mundo de los pícaros ha servido de médula entrañable a muchas e interesantes obras. Y ello es así, porque los avatares de quienes han vivido como víctimas de plurales circunstancias adversas tienen la virtud de convertirse en admonición y en social enseñanza.

La obra del escritor Armando Méndez se encuadra muy de cerca en una serie de normas típicas de la novela picaresca. En su desarrollo se sigue la forma autobiográfica, hay fuertes aportes de realismo, quizás la enseñanza moral se desprende, no como un alegato, sino como una lamentación sustentada en razones y en hechos concretos.

El diálogo es vivo, con frecuentes alusiones a un vocabulario de fácil curso en la gente del hampa. De ahí su gracia, su valor que bien podría decirse documental.

El autor nos presenta a un niño de condición humilde. Su familia le ofrece la dura realidad de un vivir ingrato. El ambiente callejero va moldeando su mentalidad, que lucha entre la dureza hogareña y los anhelos de una deseada y pretendida ternura.

Este juego de planos, esta disparidad de situaciones espirituales centradas en un alma infantil, le ha permitido al autor escribir unos